

---

---

## DE LA TEORÍA A LA MILITANCIA (Y DE VUELTA A LA TEORÍA)

Nicolás Vilela  
Universidad Nacional de Hurlingham  
[nicolas.vilela@unahur.edu.ar](mailto:nicolas.vilela@unahur.edu.ar)

---

Recibido: 03/11/2023  
Aceptado: 27/11/2023

En 2007, incentivado por Marcelo Topuzian, me presenté a la convocatoria de la cátedra de Teoría y Análisis Literario “C” para formar parte de su equipo de auxiliares. Los aspirantes debíamos escribir un breve ensayo acerca de “la pertinencia de la enseñanza de la teoría literaria en la carrera de Letras”. Lo redacté con entusiasmo por la posibilidad de formar parte de la cátedra de Panesi, quien me había seducido con su carisma e inteligencia, como creo que a todo estudiante de Letras, al inicio de la carrera. También sospeché que la consigna establecida para evaluar a los aspirantes –que parecía interrogar la vigencia del programa existente– ofrecía una oportunidad para poner en valor las discusiones culturales que veníamos tratando de instalar con un grupo de compañeros desde la revista *Planta*.

El ensayo que escribí era básicamente un manifiesto en contra de la hoy extinta “nueva narrativa argentina”, cuya ideología vitalista y antiintelectual me resultaba francamente empobrecedora para el campo cultural. También objetaba, si mal no recuerdo, las posiciones “post-autónomas” de Josefina Ludmer. “No tiene nada que ver con la consigna”, me dijo Panesi en la entrevista de admisión, “pero está muy bueno el texto”. Creo que ese juicio resume muy bien el tipo de habilitación que me daría Panesi una vez incorporado a la cátedra: como el portador de algún tipo de energía o perspectiva nueva, al que se le toleraba por eso mismo no cumplir estrictamente con la formalidad institucional. Al poco tiempo de ingresar a Teoría y Análisis Literario “C” ya sabía entonces que, aparte de carisma e inteligencia, había en Panesi una propensión a la generosidad, una disposición al *laissez faire* para nada displicente sino más bien atento y sobre todo arriesgado.

Cuando empecé a estudiar Letras, yo quería escribir. Me refiero a escribir poemas, cuentos, novelas. Pero la carrera estaba destinada principalmente a formar lectores críticos. Entonces decidí emprender el camino de los talleres de escritura, que de a poco me fue llevando a conocer



---

escritores y de algún modo a cuestionar los objetivos de la carrera. En las materias de Letras no había conocido un solo escritor: no sabía cómo pensaban ni por qué escribían lo que escribían. No había espacio para la producción literaria. Y sabía que esta perplejidad era compartida por muchos ingresantes y estudiantes de Letras. Fuera de Puan había un vasto mundo de lecturas de poesía, bares, contracultura y discusión política...era una picardía desconocerlo.

Por eso, ni bien me incorporé a Teoría y Análisis “C”, y considerando la apertura de Panesi, propuse incluir en el programa textos de crítica literaria elaborados por escritores; también planteé la posibilidad convocar a escritores a conversar con los estudiantes. Así como en el ensayito de admisión me había “aliado” con la teoría contra el romanticismo espontáneo de los escritores, ahora era momento de una alianza con los escritores contra el enclaustramiento de la teoría. El saldo concreto de esas propuestas fueron dos teórico-prácticos en los que pude hablar sobre ideología y estilo a partir de Pasolini y sobre el realismo a partir de la querella Brecht-Lukács; no llegué a tiempo, por cuestiones operativas, de traer a Sergio Raimondi a Puan, más allá de que Panesi había aprobado la idea.

En todo esto me resultaba atractivo contactar, contagiar, dos mundos que se ignoraban o recelaban mutuamente: la academia y los escritores. Pero en particular lo que me interesaba de la crítica de los escritores era que ponían en primer plano la pregunta por el valor, auspiciaban la polémica, sentaban posiciones culturales y políticas. Estas intervenciones se resignificaron a partir del 2009 en el marco de lo que comenzaba a llamarse “batalla cultural” y en concreto de mi identificación con los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner. Había dos proyectos de país, movilizaciones colectivas en torno a temas comunes, convocatorias a la participación... ¿cómo se iba a traducir todo aquello en una institución como la carrera de Letras? A esa altura me resultaba inadmisibles la pretensión generalizada de seguir sosteniendo que la cultura era el ámbito del relajamiento y repliegue de las tensiones, o, en su faceta más elocuente, de la resistencia antipolítica. Bajo esos términos pluralistas o libertarios, veía recreada la herencia liberal que situaba en el fuero del individuo la verdad última de lo real. Yo había tomado posición. Y, como dice Žižek, uno de los signos delatores del discurso universitario es que el oponente es acusado de ser “dogmático” y “sectario”: lo que el discurso universitario no puede tolerar es una posición subjetiva comprometida. Los artículos de la revista *Planta* eran tildados una y otra vez de “estalinistas” precisamente porque venían a fracturar el consenso de un campo cultural donde reinaba el amiguismo, la deshonestidad intelectual y la indisposición al debate.

Las objeciones simultáneas al minimalismo socialdemócrata de la nueva narrativa argentina y al carácter burgués del campo intelectual ahora se comprendían mejor, incluso para mí mismo, en el encuadre politizado de los años 2009 en adelante. Así concluía un artículo que escribí por esas fechas y que nunca se me permitió publicar en la revista *Otra parte*: “Se constituye un círculo de retroalimentación donde no se cuestiona la deshonestidad de las posiciones justamente porque la sustracción de la subjetividad es la base ideológica tanto del minimalismo como de la crítica que, más allá de premiar circunstancialmente, escamotea los juicios de valor argumentados. Así, la firme voluntad de excluir el antagonismo se disfraza de tolerancia y las tensiones irresueltas de la sociedad regresan a la literatura como contradicciones de la forma”.

Con la muerte de Néstor Kirchner comenzó otra etapa, preanunciada sin duda en los movimientos anteriores. Me sumé a militar en una organización política. Y además, territorialmente, en Hurlingham. Me sometí voluntariamente a una doble desinserción: desde el comunismo autonomista del ámbito académico al verticalismo de una organización peronista;

desde la Ciudad Autónoma de Buenos Aires al conurbano bonaerense. A la mañana daba un práctico sobre Adorno o Derrida; a la tarde, iba casa por casa charlando con los vecinos de Morris. Tuve la suerte de encontrar una compañera como Carolina Ramallo, que me reemplazó varias veces en el práctico durante el año 2013, cuando las inundaciones en La Plata me eyectaron durante semanas de las aulas de la facultad. Era el momento de la praxis, del cuerpo, del pueblo apasionado, y empecé a sentir una distancia, cuando no una hostilidad, hacia el individualismo ilustrado de la carrera de Letras. Creía que había una verdad allí, en el barrio, en la unidad básica, en la organización colectiva, que no podía asociar con los aprendizajes y hábitos de la experiencia universitaria...

Con la derrota electoral de 2015, sin embargo, se terminó la romantización territorial. Y se impuso una interrogación profunda sobre la teoría en la que había descansado nuestra práctica militante. *Teoría de la militancia*, el libro de Damián Selci, inauguró un período fecundo, todavía hoy en construcción, que reclamaba nuevamente las virtudes de la reflexión crítica. De allí provino, en 2021, mi propio libro, *Comunología. Del pensamiento nacional al pensamiento de la militancia*, donde pude recuperar el conjunto de la experiencia referida y poner a conversar la biblioteca de Letras con la biblioteca del peronismo. Me reconcilé con Puan. Pude apreciar con mayor gratitud aquello que había asimilado a lo largo de la carrera, como estudiante o como docente, y direccionarlo hacia un nuevo objetivo: la construcción de un pensamiento de la militancia. En ese lapso sintético me encuentro actualmente. Conservo, de todo el recorrido, la misma estrategia que describí al inicio: contra el antiintelectualismo basista, una defensa de la teoría para prestigiar la práctica militante; contra los analistas políticos, una defensa de la acción colectiva organizada. Lo que ha cambiado es el lugar de enunciación, pues todo lo anterior no está escrito por un docente comprometido, o un intelectual crítico, sino por un militante orgánico que da clases y escribe.

---

NICOLÁS VILELA nació en Buenos Aires en 1984. Es licenciado en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como docente y secretario general de la Universidad Nacional de Hurlingham (UANHUR) y es concejal del Municipio de Hurlingham, Provincia de Buenos Aires.